

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Valentí Tenas, monje de Montserrat
17 de septiembre de 2017
Sir 27,30 a 28,7 / Rom 14,7-9 / Mt 18,21-35

Queridos hermanos y hermanas:

El perdón es olvidar sin rencor. No es extraño que en el mundo no cristiano encuentren normal y aceptada la ley del Tali3n: "Ojo por ojo y diente por diente" (Ex 21, 24). Para muchos, esta ley es una reparaci3n justa de un mal injusto. Jes3s contrapone a la venganza indefinida, el infinito perd3n. El rey del Evangelio de hoy olvida y perdona, pero el indultado no condona a su compa1ero. La infinita misericordia de Dios y la cruel mezquindad del pecador humano.

La expresi3n "setenta veces siete", que Jes3s dice a San Pedro, equivale a decir: siempre, infinito. Ya que siete es un n3mero B3blico de plenitud. El siete era se1al de perfecci3n, y setenta veces siete era una perfecci3n total. Perdonar siempre, sin excepci3n. Si el perd3n procede del amor infinito de Dios no puede tener una medida o un l3mite determinado. S3lo perdonando podemos hacer nuestra la oraci3n que el mismo Jes3s nos ense1o: "perdona nuestras ofensas, como tambi3n nosotros perdonamos a los que nos ofenden". La fuerza de estas palabras radica especialmente en perdonar de todo coraz3n y qui3n no lo hace de todo coraz3n no perdona; es, simplemente, un perdonavidas.

Para muchos, el perd3n les parece un aliado de la debilidad. Un militar, haciendo una arenga a sus soldados, dec3a: "Es de personas d3biles pedir perd3n y perdonar. La autoridad es la consecuencia m3s normal en un esp3ritu m3s fuerte y capaz de vencer a todos los dem3s".

No vale decir: "Te perdono pero no olvido". Que cada uno, hoy, piense como es perdonado y como perdona. El perd3n total nos viene de Jesucristo y, por m3s inmenso que sea nuestra deuda de amor, solo hace falta echarnos a sus pies y que confesemos nuestra culpa. Todos tenemos algo de perdonable. Perdonar de coraz3n, incluso nuestros a enemigos m3s crueles (pienso hoy en los atentados de las Ramblas). Amar conlleva: "la paz y el perd3n". Y quien ama, siempre procura la normal reconciliaci3n; pero el que no olvida, y no perdona, es que no ama de todo coraz3n, como Cristo nos ama a todos nosotros.

El perd3n del que nos habla Jes3s es un perd3n "educativo, no violento, que nos conmueve el coraz3n, y que nos ayuda a la correcci3n fraterna; es pacifista, gozoso, generoso, gratuito, sin malicia, y sin violencia". La ense1anza pac3fica del perd3n cristiano tambi3n la tenemos que aplicar en la familia, en el mundo del trabajo, en la pol3tica, en la escuela, en la vida parroquial, en el pueblo y en los grupos de amistad. San Benito, en su Regla, nos manda a los monjes: "Hacer las paces antes de la puesta del sol con quien se haya re1ido" y "que se postre en el suelo hasta que pase ese enojo, con una se1al de perd3n" (Cap3tulos: IV y LXXI). Para San Benito no hay lugar para el resentimiento.

No podemos hablar de amor, de perd3n y de serenidad si no hay esta triple capacidad: "Capaces de amar, capaces de llevar la paz y capaces de perdonar". Jes3s lav3 los pies a Judas y, en lo alto de la Cruz en el G3lgota, perdon3 a todos sus verdugos. Esta debe ser nuestra norma cristiana: "Amarnos unos a otros, como Cristo nos ama ahora, hoy y siempre".